

El Sanatorio

UN CONVENTO REINVENTADO Hablan los ancianos “salvados” en el antiguo convento de las clarisas. Y la última madre superiora: “Me alegra que ahora sea un

POR
**Martín
Mucha**

Cuando las monjas capuchinas abandonaron el convento con dos siglos y medio de historia, se fueron cabizbajas, como si parte de su fe, de su amor por Dios, se quedara allí. Ya eran solo cinco y tenían que partir. La edificación que se comenzó a construir en el XVIII se cerraba. Podía terminar siendo un hotel de lujo y eso les apenaba. Había sido sitio de fe desde su fundación en 1756. Aún hoy, cuando la madre superiora María Asunción Erro recuerda ese momento de 2006 en que cruzó la fachada de influjo neoclásico, su voz se hace aflautada.

«Dejo mi convento de Gea/ llena de pena/ dejándome el recuerdo de mi viejo amor», escribió entonces María Asunción. Allí las monjas de clausura rezaron siempre por la curación de los enfermos de Gea de Albarracín (Teruel). Ahora, tras varios años cerrado, el viejo convento se ha convertido en un *sanatorio* especial. Para hombres y mujeres que en su gran mayoría superan los 80 años (alguno el siglo). Son Ángeles, Josefina, Antonio, Marina, Trinidad, Gregorio... Los ancianos *salvados* del coronavirus en el convento de las clarisas.

Son 24 los residentes el miércoles. Sor Asunción nos acompaña con sus recuerdos desde Murcia, donde ahora está. Para ella esa cifra y la renovada utilización de su «viejo amor» significa mucho. «Me alegra que sea un centro que salve vidas, como antes salvaba nuestras almas. Dios está allí con intensidad... Hay hoy 24 enfermos, como 24

monjas de clausura había cuando llegué en octubre de 1962».

El hoy sanatorio es un lugar para romper estadísticas. Al menos, nueve de cada 10 muertes por Covid-19 se producen en mayores de 75 años. De los más de 25.000 muertos por este virus, más de 23.000 estaba en ese rango de edad.

Antonio Agoiz Pardo tiene tantas arrugas como carácter. De Mallén (Zaragoza), nació el 19 de marzo de

otros lugares del mundo. El protocolo decía que si los ancianos se contagiaban de coronavirus, había que aislarlos en la propia residencia. Pero eso no funcionaba. Seguían contagiándose. Y muriendo.

En Aragón decidieron que la mejor manera era separarles del resto —especialmente si sus síntomas eran leves— y juntarles con otros enfermos de Covid-19. Eso sirvió no sólo para darles un mejor tratamiento.

aparte de darles la atención médica más adecuada, al ver a otros enfermos salir adelante, recuperaban el aliento. La esperanza.

«La vi cerca. Me dolía el pecho y los brazos. Pero ya no. Me voy», dice Antonio Agoiz, quien antes de jubilarse trabajaba en el campo. «Cultivaba pimientos, tomates, hortalizas...».

Bebe un poco de agua que le ha traído María Arbues. Esta psicóloga de 25 años, ataviada con un traje aislan-

goza), el 5 de septiembre de 1928. «Es peor la incertidumbre hoy que en la Guerra Civil... Entonces matábamos un cerdo para comer. ¿Ahora qué pasará?», lanza.

Sabe de la dureza de la vida. Repasa la suya postrada aún en cama. Tuvo un marido que la trató mal. «No le importaba ni si sus hijos tenían algo que llevarse a la boca». Se va recuperando poco a poco. Se toma su tiempo para hablar. «Estoy mejor. Podía estar peor». Re-

que los hay que ni con 84 años dejan de ser un torbellino. Nacida el 12 de agosto de 1935 —en el día de la Juventud, cuando ni existía— la zaragozana Marina Sebastián es de esa estirpe. De las que consigue dar impulso a los que se quedan atrás. Y eso que tendría mucho por lo que sentirse abatida...

Perdió a un hijo hace unos años. Su marido falleció de cáncer de pulmón. Ella también enfermó de lo mismo y lo superó. Ahora va venciendo al Sars-Cov-2 sin dejar de sonreír. «Tenía que luchar por mis nietos. Por verlos felices... Aquí me salvaron. Me tratan bien». Cocinera durante décadas es lo único que echa de menos de estar fuera. Y el fútbol. Ver correr a los suyos. Su alegría. «Y una copita».

—¿Y el coronavirus?
—Antes me hacía doler un poco la cabeza. Ya no. Muestra los dientes. A veces sólo para que la imites.



250 AÑOS
DE SACRA
HISTORIA

El convento está en Gea de Albarracín (Teruel). Edificado en el siglo XVIII, se quedó sin monjas en 2006. Vacío desde entonces, ahora es sede de un vanguardista Centro Covid-19. GOBIERNO DE ARAGÓN

1937. El mismo día en que el papa Pío XI publicó su encíclica *Divini Redemptoris*, contra el comunismo ateo. A los 83 años, sólo tiene sobrinos, ni hijos ni mujer. Estaba en su residencia en el Campo de Borja, a 196 km del convento, cuando dio positivo.

Para su suerte, el Gobierno de Aragón había comenzado una iniciativa pionera, que ya se estudia aplicar en

También para que, a su vez, convivieran. El aislamiento estaba causado estragos...

«Ellos solos, no tenían ganas de vivir. Se ha confundido a la opinión pública diciéndoles que las residencias son centros médicos. No. Son centros de cuidado y convivencia», señala Juan Vela, experto en duelo y hermano franciscano de la Cruz Blanca, organización a cargo del antiguo convento. Así,

te, es su confidente. Porta buenas noticias. Es miércoles 6 y saldrá mañana. Está curado. Estoico, opina que lo que vivimos ahora es muy malo. «Pero peor fue lo que pasó en la posguerra».

Angeles Castrillón puede ir más atrás. Tiene 91 años y vivió el conflicto que aún no cicatriza del todo... Mirada severa, pelo plata, tiene mucho que decir del antes y el ahora. Nació en Borja (Zara-

memora lo duro que fue sacar a sus dos hijos adelante con un padre ausente. «Fui niñera, limpiadora, cocinera...». Aprovecha nuestra charla para recordar. Para agradecerle a la familia de Colorado —el padre era de las fuerzas aéreas norteamericanas—, que le mandaba ropa para su hija. La dejamos descansar. Por ahora parece fuera de peligro... Aquí reina la vitalidad. Es

Con su vestido de flores y su cadena al cuello, parece lista para pasear por la calle Estebanes, en la zona de copas de *El Tubo*, y sus escondites. Ahora le toca reposo, como a las clarisas. «Me gusta el convento. Es bello. Da paz», reflexiona. Se despide dando besos a la cámara.

Parece libre de peligro... Una hazaña más de este Centro Covid-19, uno de los cinco que hay en Aragón. Han salvado ya a cientos de ancianos. Les cantan, les conectan con *tablets* a sus amores, lo que sea necesario para evitar la soledad. Una de las razones fundamentales, a decir de Juan Vela —también preside la

‘de clausura’

centro que salve vidas, como antes salvaba nuestras almas... Me dicen que hay 24 enfermos hoy, como había 24 monjas de clausura cuando llegué en octubre de 1962”

Fundación Lares, una federación que agrupa a un millar de asociaciones de residencias sin fines de lucro—de las muertes de ancianos durante la pandemia. «Se les deja solos. Sin entender qué pasa. Sienten que no les quiere...».

Y ayuda también a quienes parece que no tienen una razón para seguir breando. «Perdí a mi marido. Me dejó solita. Peleo por él, que me mira desde algún lugar del cielo, quiero que se sienta orgulloso», dice Trinidad Vela, 79 años. Nacida en Villarroya de la Sierra el 22 de mayo de 1940, sus ojos se tornan cristalinos mientras piensa en su esposo fallecido. «Hace tres meses se murió. Lo echo de menos... Pero mis cuñadas me quieren mucho», se dice a sí misma. «Me quieren mucho», repite. «Eres una luchadora», le dice la psicóloga María.

El benjamín del grupo es Ángel Gregorio. Proviene de Barakaldo (Bizkaia). Nació el 13 de agosto de 1957. Trabajador en el campo, especialmente en la recogida, la declaración de pandemia le dejó sin hogar. «De pronto me vi en la calle. Nadie me alquilaba habitación, ni había pensiones...». Se comenzó a sentir mal. Fue a urgencias y le diagnosticaron la enfermedad. «Creo que me contagié en un cajero».

En una ambulancia le trajeron a este convento. Se entretiene paseando por los recovecos del lugar. Va por un pasadizo iluminado por unos ventanales desde donde se ve el cielo y el campanario del edificio rehabilitado. Éste, con capacidad para medio centenar de personas, está listo para, cuando el número de pacientes disminuya, convertirse en una residencia para ancianos y

“Perdí a mi marido. Me dejó solita. Peleo por él, que me mira desde algún lugar del cielo, quiero que se sienta orgulloso”

TRINIDAD
VELA
79 AÑOS



“La vi cerca. Me dolían el pecho y los brazos. Pero ya no. Me voy”. Se ha confirmado que está curado. Salió el jueves

ANTONIO
AGOIZ
83 AÑOS



“Estoy bien, guapos”, su frase más repetida. Salió adelante contra todo pronóstico... Antes había sobrevivido a una bomba

JOSEFINA
AINSA
100 AÑOS



“Tenía que luchar por mis nietos. Por verlos felices... Aquí me salvaron. Me gusta el convento. Es bello. Da paz”

MARINA
SEBASTIÁN
84 AÑOS



“Es peor la incertidumbre hoy que tras la Guerra Civil. Entonces matábamos un cerdo para comer. ¿Ahora qué?”

ÁNGELES
CASTELLOT
91 AÑOS



“De pronto me vi en la calle. Nadie me alquilaba habitación, ni había pensiones... Creo que me contagié en un cajero”

GREGORIO
CAMPO
62 AÑOS



personas con discapacidad.

Gregorio es de esas personas que hablan bajito pero claro. Mañana, como a Antonio, le dan el alta. «No he tenido miedo hasta ahora. Sólo quiero que esto acabe para poder salir adelante». Su última noche en el convento es apacible.

Es jueves 7 de mayo. A Antonio le despiden entre aplausos. Va caminando con el bastón, despacio. A pesar de su rostro pétreo, se le escurre una lágrima. Los dos se van con sus exámenes negativos de Covid-19. A Gregorio le han conseguido un lugar para quedarse mientras encuentra trabajo. Más despedidas milagrosas. Ya se cuentan por decenas las altas del centro.

Una de las que más ha marcado el corazón de los sanitarios es Josefina Ainsa. La llamaban «la afortunada». Centenaria ya, camino de los 101 años, es una superviviente nata. Incluso sobrevivió a una bomba que le cayó en su casa. Ella es hija de Marín Ainsa, uno de los fundadores del PSOE en Huesca. Madre de tres, cuenta cinco nietos y ocho biznietos. «Estoy bien, guapos», era su frase más repetida. Se alegraba de ver a su familia en la pantalla digital. Diagnosticada positivo el 31 de marzo, salió por la puerta grande el 27 de abril...

A lo lejos, en Murcia, a sus 73 años, sor María Asunción —tuvo 10 hermanos, cinco de ellas monjas— ve con alegría que se haya convertido aquel lugar de plegarias y religión en un lugar para sanar. «El cierre del convento fue un desgarró. Su reapertura para curar me ha reconfortado. Es la resurrección de un lugar que amamos. Rezo por ellos. Dios siempre contestará».

@MartInMucha